

# icade núm. 101 [Revista cuatrimestral de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas y Empresariales]

Recensiones

Azúcar y esclavos. Las plantaciones azucareras de la Cuba colonial

## Recensiones.

### *Azúcar y esclavos. Las plantaciones azucareras de la Cuba colonial.*

**Autor:** Santiago Garrido Buj.

**Editorial:** Ediciones Académicas.

**Año de Publicación:** 2016.

**ISBN:** 978-84-161-4049-7.

La gran laguna, casi vergonzosa, como dice un afamado historiador, sobre la historiografía económica de España acerca de las explotaciones esclavistas en Cuba, queda en parte cubierta con esta obra.

A comienzos del siglo XIX se realizan en Cuba los primeros esfuerzos para introducir nuevas técnicas de cultivo de la caña de azúcar. Unos cien mil trozos de la variedad de caña de azúcar llamada «Otahití», traídos de la isla danesa de Santa Cruz, convirtieron el azúcar en el producto por excelencia de la economía colonial cubana.

En la Isla existían condiciones naturales óptimas para el cultivo de la caña, tierras feraces y de fácil explotación, clima benigno, bosques con madera para la construcción de ingenios y para su utilización como combustible necesario para la zafra y ubicación de los terrenos cerca de las costas. El único inconveniente era la falta de mano de obra que pronto se solucionó mediante la importación de esclavos africanos.

La gran demanda de azúcar de EE UU y la desaparición de otros proveedores generaron una demanda que Cuba supo atender, convirtiendo a la isla en el mayor productor mundial hasta finales del siglo.

El binomio azúcar-esclavitud condicionó durante un largo periodo temporal la historia colonial del Caribe y por ende la de Cuba. El cultivo de la caña en plantaciones y su posterior procesamiento empleando trabajo forzado configuró un país económica y socialmente inseparable del azúcar.

La importación masiva de esclavos africanos fue decisiva para el desarrollo de la economía azucarera cubana. La caña debía ser cortada cuando la proporción de sacarosa en el jugo era máxima y el jugo debía extraerse en el lapso de 24 a 48 horas, lo cual, unido al tipo de tecnología empleada, determinaba en gran medida el ritmo de trabajo y la necesidad de grandes cantidades de trabajadores en un periodo temporal específico. Durante el resto de año, los esclavos debían ser mantenidos y ocupados en alguna clase de trabajo.

Estamos, pues, ante el primer trabajo sobre la esclavitud y el azúcar elaborado desde una óptica económica empresarial y apoyado en un elevado número de documentos originales e inéditos que van ilustrando los argumentos del autor a lo largo de nueve capítulos.

El modelo de negocio seguido para la explotación del azúcar en Cuba así como su organización son plenamente coherentes con las características de la época. El sistema de administración utilizado en la explotación ya diferencia entre propietarios y administradores y la especialización de estos últimos. Se hace eco en la obra de que el fenómeno esclavista ha sido abordado como objeto de estudio por un elevado número de disciplinas científicas, entre las que se podrían destacar los estudios de naturaleza histórica, así como los enfoques económicos, sociales, políticos y religiosos, han sido pocos los aspectos de esa lacra social que no hayan sido objeto de estudio.

Se debe ser consciente, sin embargo, que hay un olvido del estudio económico empresarial debido a que la gestión como disciplina científica aparece o se expande cuando ya la esclavitud había finalizado. Existía además la creencia generalizada que la utilización de mano de obra esclava no tenía racionalidad económica, y fueron los estudios de los Premio Nobel de Economía Fogel y Engerman en su obra *Tiempo en la Cruz* (1981) y otros estudios posteriores los que echaron por tierra esta teoría.

Un aspecto singular de la explotación azucarera caribeña en los siglos XVIII y XIX fue la integración de las fases agrícola y manufacturera en un solo conjunto productivo, que le confiere un carácter distinto de cualquier tipo de actividad productiva. Lo habitual, a partir de la revolución industrial fue la separación entre la producción de materias primas y las fases de transformación que se llevaban a cabo en las explotaciones. No existió un incentivo para adoptar el modelo de la revolución industrial pues la rentabilidad del modelo conjunto fue importante durante muchas décadas. Los posibles cambios no tenían lugar, pues cuando un terreno comenzaba a dar síntomas de agotamiento se compraba otro al mismo precio o más barato que el anterior y las explotaciones mayores conseguían ventajas derivadas de las economías de escala.

El modelo de explotación conjunta comenzó a ver su fin con la aparición de la escasez de mano de obra esclava y con el desarrollo tecnológico. El paso del tiempo obligó, pues, a la fragmentación del negocio, y al mismo tiempo puede decirse que la competencia pasó a ser un elemento racionalizador y dinamizador de este proceso de transformación.

El hecho diferencial de la economía de plantación cubana con sus singularidades ayuda a comprender el éxito de la aventura azucarera cubana durante el siglo XIX. Influyen en esta singularidad las particularidades de la metrópoli, es decir, España, y cómo se concebían las relaciones comerciales con su imperio ultramarino. La benignidad del clima, la extensión territorial, la proximidad de EE UU convertido de pronto en único comprador y sobre todo el aprovisionamiento de mano de obra esclava.

En este último caso resulta realmente sorprendente que España, que en 1817 firma ya un tratado con el Imperio británico por el que se compromete a la abolición del tráfico negrero, y que lo reitera posteriormente 1820 y en Viena en 1835, llegando incluso a cobrar una importante suma, 400.000 libras esterlinas por abstenerse del tráfico de seres humanos, continúe importándolos, al menos hasta 1865, en cantidades muy superiores a los tiempos anteriores a la prohibición. Solamente con la colaboración de unas autoridades que afirmaban cumplir la ley persiguiendo dicho tráfico cabe concebir dicha infamia.

La utilización de la mano de obra esclava en la América colonial fue una constante, si bien con la oposición de la Iglesia que los consideraba personas libres. Es por ello que se adujo a razones para justificar y legitimar la esclavitud a lo largo del tiempo, dando razones numerosas, dispares y en muchos casos insólitas. Entre ellas se contaban la inferioridad de

la raza negra, un estigma bíblico que les perseguía por ser descendientes de Caín o el favor que les hacían con su apresamiento, forzándoles al bautismo e incorporándolos a la fe cristiana. Importaba sobremanera el aforismo extendido por toda la isla y enraizado en muchas mentes de que «Sin esclavos no hay azúcar, y sin azúcar no hay país».

Con todo, no todos los esclavos eran de la misma condición, así habría que distinguir las siguientes clases:

1. Esclavo del servicio doméstico.
2. Esclavo dedicado al servicio de transporte (cocheros y recaderos).
3. Esclavo artesano trabajando por cuenta de su dueño en diversos oficios.
4. Esclavo o criado de pequeños propietarios agrícolas.
5. Esclavos en vegas, potreros y cafetales.
6. Finalmente, esclavos en plantaciones de azúcar.

Es lógico preguntarse de cuántos esclavos se está hablando entre todas estas categorías. El autor maneja una serie de documentos con diferentes estadísticas cuyo grado de fiabilidad no es el que gozan las estadísticas de hogaño. Gracias a un censo llevado a cabo por el general De la Concha se estima que para el lustro que va de 1855 a 1859, el número de esclavos pasa de 366.000 a 376.000 siendo la mayoría de estos esclavos rurales.

En lo que a rentabilidad se refiere el autor después de examinados documentos y del seguimiento de los escritos de Fogel y Engerman, se adhiere a la tesis de éstos, quienes afirman que estos esclavos fueron altamente rentables. Se ha tratado también abundantemente la productividad de la mano de obra esclava sobre todo en comparación con la libre, extendiéndose la opinión, no sin mucho fundamento de la superior productividad de la mano de obra libre. La opinión dominante en este momento es que hay que distinguir entre trabajo intensivo en esfuerzo y trabajo intensivo en habilidades, siendo mayor la productividad de esclavos en el primero y de los hombres libres en el segundo.

El modelo productivo agroindustrial siguió unos patrones en Cuba durante gran parte del siglo XIX, pero el advenimiento de nueva tecnología para la explotación de la caña de azúcar era solo cuestión de tiempo como así sucedió. En este proceso de fabricación del azúcar los adelantos vinieron primeramente de los cambios en los hornos, tanto por la mejora en los mismos como por la sustitución de madera como combustible por el bagazo (restos desechados de la caña triturada) y posteriormente por los combustibles fósiles o el vapor. En una segunda fase la maquinaria perfeccionó los procedimientos de desecación y depuración con nuevas máquinas. Todos estos avances tecnológicos supusieron un incremento de la capacidad de producción, se consiguieron economías de escala, mejoras de calidad y menor necesidad de mano de obra.

De la mano del proceso tecnológico aparecen también en la segunda mitad del siglo XIX un grupo de sociedades mercantiles dedicadas a asegurar la mano de obra esclava a favor de sus dueños para casos de fallecimiento o de pérdida de valor. Dada la importancia de la esclavitud en Cuba en esta época y que los esclavos constituían la mayoría del capital invertido en las empresas agroindustriales, y teniendo en cuenta la importancia que tenía el riesgo de muerte o enfermedad, cobraba sentido para el propietario, el proceder a asegurar la vida y salud de su fuerza de trabajo.

Lo curioso de estas compañías aseguradoras es que nacen a mitad los años cincuenta,

cuando ya hacía tiempo que la esclavitud estaba abolida y tuvieron una vida efímera, algunas no llegaban al año de vida y ninguna superó los 15-20 años.

Al tratar la financiación del complejo agroindustrial azucarero cubano hay que resaltar que tiene ciertas peculiaridades, pues la inversión fundamental en infraestructuras, y todo el capital circulante solía estar aportado por terceros, entre los que hay mencionar en primer lugar a los refaccionistas y agentes comerciales que aportaban su dinero al proceso en espera de cobrar con los resultados de la producción, de este modo se convertían en partícipes de los riesgos. En el caso de problemas en la producción o bajada de precios, no tenían otra solución que esperar tiempos mejores para recuperar lo invertido en épocas anteriores. El hacendado sólo contaba con la tierra, factor inicialmente barato en la isla y la mano de obra esclava, bienes que no eran embargables.

Es también frecuente encontrar en la literatura referencias a la falta de instituciones de crédito o financiación en la Cuba de la segunda mitad del siglo XIX. La aparición de instituciones financieras es bastante tardía en Cuba, por consiguiente, el papel de banquero estaba desempeñado por el comerciante acreedor. Los intereses cobrados por estos intermediarios se movían entre un 18 y 20%, cuando la horquilla en Europa era entre un 4-6%. Estos altos tipos de interés parece que no presentaba ningún problema para el hacendado que veía aumentar su cuenta deudora sólo por los intereses.

El acreedor se garantizaba el pago por la pignoración de la cosecha y también se erigía en proveedor de útiles y de la mano de obra necesaria para el ingenio, cargando en los pagos un interés y unos precios elevados. El comerciante se convertía además en agente comercial, cuando no en comprador de la cosecha consiguiendo de esta forma dos cosas: intermediar en el precio, estableciendo un diferencial entre el precio ajustado con el hacendado y el conseguido en el mercado.

Singular importancia reviste durante esta época de economía colonial pre-industrial la administración o gestión de esta industria azucarera. Esta función de administración era esencial puesto que existía la necesidad de coordinar tareas, buscar el equilibrio entre las líneas de producción y todo ello con el manejo de una mano de obra *sui generis*. Asimismo fue necesario desarrollar una contabilidad y un cálculo de costes, para poder funcionar de una forma óptima coordinando el campo con la fábrica y ambos con la demanda.

Otro fenómeno interesante es que a medida que fue transcurriendo el tiempo se observó la transición de la figura del empresario propietario a la separación de las tareas de la administración de la propiedad. El hacendado dejaba en muchos casos en manos de terceros la administración, apareciendo así la figura del mayordomo. De hecho, había hacendados que vivían en la metrópoli frente a otros que lo hacían en la capital, La Habana. Se daba también el caso de hacendados que vivían en el propio ingenio pero sin dedicarse a las tareas propias de negocio.

En cuanto a la contabilidad se refiere, lo más común era un registro de entradas y salidas, siendo poco común la contabilidad por partida doble convencional. Aparecen en estos registros altas y bajas de la mano de obra esclava, del ganado y otros activos. En cuanto a las personas vinculadas al ingenio se registraba su número y otras singularidades como edad, sexo, ocupación y otras características. Otra peculiaridad de la contabilidad de los ingenios es que el periodo de maduración era muy largo, lo que hacía que se cobrase una vez al año, mientras que los pagos se realizaban a lo largo de todo el ejercicio.

Se cierra esta obra con el testimonio de 19 viajeros ilustres que visitan la Cuba colonial durante los años de la explotación azucarera en la segunda mitad del siglo XIX. Su testimonio nos ha llegado a través de libros y otros relatos, son autores de habla inglesa, francesa, e italiana, el autor excluye a los procedentes de España porque entiende que

podían tener una posición sesgada acerca de la realidad cubana. En estos escritos se recogen diversos aspectos como la utilización de la mano de obra esclava tanto en el campo como en la ciudad, así como el funcionamiento de los ingenios azucareros y en general todo lo relacionado con el comercio del fruto sacárido.

Las principales conclusiones que pueden extraerse de la lectura de estos autores, coincidentes con la lectura general de esta obra, es que:

1. Las tierras cubanas son más feraces que las de otras latitudes.
2. La utilización casi exclusiva de mano de obra esclava.
3. La extrema dureza del trabajo en los seis meses que dura la campaña azucarera.
4. El tránsito hacia la mecanización de los ingenios con la introducción del vapor, y
5. La diversidad de oficios necesarios lo que conlleva la necesidad de una hábil coordinación y gestión.

*José Manuel Rodríguez Carrasco*

Profesor Emérito de Organización de Empresas.

Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.

Universidad Nacional de Educación a Distancia